

por determinaciones de diferencias sobre géneros o especies, ni por ninguna de las categorías, como si fuese algo substancial o accidental. Hay que concebirla como directamente participante en el ser y en los trascendentales que éste funda, la unidad, la verdad, la bondad y la belleza, en un máximo grado. En este sentido la persona tiene un carácter "trascendental". La persona es lo que posee "más" ser, y, por tanto, lo más unitario, lo más verdadero, lo más bueno y lo más bello» (p. 748).

Dos secciones ulteriores («Dimensión ética de la persona», pp. 749-815, y «Dimensión social de la persona», pp. 817-883) dan ocasión a Forment para ofrecernos algo que bien puede considerarse como los fundamentos metafísicos del obrar personal. En la opinión de quien esto escribe, ambas secciones congregan una muestra preciosa de la única forma razonable de exhibir a la persona humana al modo de un *suppositum* de acciones morales. Decimos esto a la luz del multitudinario número de «éticas de la persona» que pretenden construir una filosofía del obrar humano desentendiéndose de una verdad metafísica que Forment ha puesto a buen resguardo en el transcurso de su colaboración, a saber: que los actos humanos tienen en la persona su sujeto, mas no su principio, ya que este principio no es la persona humana en cuanto tal, sino la *natura* del hombre —principio mediato— o, mejor todavía, sus potencias —principio inmediato—, ya que ninguna substancia creada es inmediatamente operativa en virtud de su misma esencia. Con esta salvedad, inspirada directamente en la metafísica de Santo Tomás, Forment ha puesto coto, con entera justicia, al actualismo dominante en el pensamiento personalista contemporáneo, el cual, bien mirado, aunque las más de las veces ingenuamente, reproduce anacrónicamente un viejo vicio panteísta. Este escrito de Forment incrementa su ya valioso y reconocido aporte a la concepción tomista de la persona.

Mario Enrique Sacchi

THOMAS MOLNAR, *L'Américanologie. Triomphe d'un modèle planétaire? L'Age d'Homme*. Lausanne 1991. 100 páginas.

El de Molnar es un ensayo de sociología política. La caída del muro de Berlín y, con ella, de los regímenes comunistas de los países de Europa Oriental, es ocasión para una reflexión muy distinta a las que estamos acostumbrados a oír por parte de este pensador húngaro. Estos cambios trascendentes y tan celebrados expresan el hundimiento de una ideología, la comunista, y ponen a Europa frente a una elección; ofrecen una oportunidad, que Molnar considera inmejorable, de optar o no por una nueva ideología que habría surgido por la desaparición de la otra, la única dominante hoy día: la «Americanología», como él la bautiza. La nacionalidad europea de nuestro autor y su íntimo conocimiento de la realidad de Estados Unidos, donde vive, nos mueve a prestar una especial atención a su agudo pensamiento. Molnar confía en Europa, especialmente en el Este, porque cree en la fuerza social cohesiva e integradora de las nacionalidades, y rechaza el modelo norteamericano, por su deliberado vacío: es, dice, pura forma sin materia o con una materia arbitraria e imprevisible que limita la posibilidad de éxito de un verdadero orden social. El puritanismo, con su moral de formas, sigue siendo, aún laicizado, el factor más poderoso de la *psyché* americana.

¿En qué consiste en concreto la ideología americana? El origen cosmopolita de los habitantes de los Estados Unidos y su olvido y renunciamiento a las propias raíces exigi-

do por la integración de la sociedad de dicho país, hacen que el mismo carezca de un *télos* nacional: es una sociedad de comerciantes y técnicos, cuyo único horizonte es el de los postulados y derivaciones de la Constitución. No tienen historia ni la necesitan, están más allá de la misma; ellos son los que la hacen. Estas características se concretan en una generalización de la democracia, que se expande del ámbito político a cualquier otro grupo societario. Es un sentido dilatado de la democracia, como un modo de vida, una forma de conducta, la que es adecuada, virtuosa, norma de comportamiento, sinónimo de lo bueno y justo. Es la nueva moral que toda ideología contiene.

¿Cómo surge esta ideología? Del proyecto moderno europeo. La raíz más profunda es el deseo de autonomía y autosuficiencia del hombre que pretende conocerlo todo con sólo su razón y hacerlo todo con su propia moral. No admite verdades y valores previos, ni autoridades que las impongan. El individuo soberano debe liberarse del estado y de la Iglesia, los antiguos poderes. Pero no puede evitar la evidencia de la existencia del semejante. La solución es entronizar la sociedad civil. Estado mínimo, y manejado democráticamente, significa —al menos en teoría— autoridad mínima. La Iglesia ya no es Persona Pública, sino privada, un grupo de presión más, cada vez menos poderoso: es una fuerza de equilibrio más, que actúa a través del voto de sus adherentes. En resumen, una sociedad civil pluralista con un estado débil y la religión marginada.

Esta sociedad ha olvidado, dice Molnar, la búsqueda de la verdad, del bien, de algo profundo: se queda en la epidermis, en el placer, en una especie de *libido* consumista superficial. Su criterio es económico: es una ideología economicista. La sacralización del interés y el beneficio, la alianza entre el altar y el *office building*. Sin violencias, sólo dejando al margen la autoridad, o poniéndola al servicio de su voluntad. Parece un esquema regresivo, un volver a la juventud, pero no a una juventud con una rebeldía fuerte, sino *light*. No deja de ser contradictorio, señala Molnar, que procuremos emparejar por lo material, aún cuando creemos en la desigualdad material.

Ahora bien, esta utopía amable es la más atrayente, es itinerante y sumamente expansiva. No es una nación que destruye a las otras para dominar el mundo en nombre de una clase social o de una raza. Es un espíritu que mata las raíces, un gas tóxico que se cuela por cualquier fisura, es sibilina y brutal. No acciona por el partido sino por el mercado, el inmenso territorio de los vicios útiles. Sus banderas son el éxito como criterio, el placer como resultado, la liberación de los imperativos morales impuestos *a priori*, una ética de mero respeto externo, una libertad sin instancias superiores, sin dependencias verticales: el programa de la modernidad perfectamente realizado. América nos exporta su fórmula con un candor desarmante, se atribuye la representación de «Occidente», es remedio para todos los conflictos, solución a cualquier problema. ¿Quién es el aguafiestas que se atreve a oponerse? En nombre del internacionalismo, los países chicos deben imitar a los grandes. Y además, esta ideología tiene una estrategia muy difícil de vencer: habla a cada corazón, lo convierte uno a uno, con una presión sutil, que no se advierte. La «americanología», sigue Molnar, ha estudiado a fondo la psicología humana y le hace decidir «libremente» lo que quiere. Europa occidental ha perdido su honor. Sus hombres la están abandonando y llevan hoy la bandera de unos ideólogos perdidos en el tiempo y de unos eficaces pragmáticos que supieron interpretarlos.

Además, recientemente desapareció su contrapeso que le servía al mismo tiempo de soporte y justificativo: la ideología comunista. Entonces, se bifurca el camino de sus posibilidades futuras. Debe esperar o el éxito definitivo, o el descubrimiento de sus falacias. Según Molnar, el retroceso del peligro soviético abre el camino a la autoafirmación eu-

ropea —a la diversidad— y puede cerrar la obsesión americanizante. Escribe que Europa Oriental no va a dejar pasar la utopía americana, que reaccionará, resisitirá el esfuerzo «americanológico» de desnacionalizar los pueblos. Y ella puede arrastrar al Oeste, pues allí, a pesar de todo, sigue habiendo un fondo de valores. Se requiere que reaccione, que vuelva a las raíces, a la boina, a la *baguette* bajo el brazo, a las viejas iglesias: al sentido de nación, la materia del orden social. A pesar de Estrasburgo y de Bruselas, el destino de Europa está precisamente en su diversidad nacional y cultural, salvaguardada por su fragmentación. En suma, este ensayo de sociología política está lleno de observaciones interesantes y explicaciones sugerentes y profundas.

Ricardo F. Crespo

THOMAS V. MORRIS (EDITOR), *God and the Philosophers. The Reconciliation of Faith and Reason*. Oxford University Press. New York-Oxford 1994. 298 páginas. ISBN 0-19-508822-0.

Thomas V. Morris, profesor de la Universidad de Notre Dame, acaba de editar un volumen de rara factura, pues está consagrado a algo que no suele figurar entre las inquietudes de los lectores habituales de aquello que pudiéramos nombrar como «filosofía académica»: el relato de las experiencias personales de un grupo de filósofos en materia religiosa y, por consiguiente, de las relaciones que les sugiere su propio filosofar con la religión que profesan. Se trata de un conjunto de ponencias que, según la intención del editor, se encuadran dentro del género literario de las confesiones autobiográficas, lo cual en gran medida obstruye la posibilidad de encararlas con la circunspección filosófica imprescindible, ya que no hemos de encontrar en ellas exposiciones dotadas de esa mínima impersonalidad que nos habilita a introducirnos en el corazón de las teorías ajenas suspendiendo todo juicio sobre sus autores. Por supuesto, ello no quita que estas sucintas autobiografías de las vivencias religiosas de personas entregadas al filosofar ostenten un indudable valor; más aún, cabe incluso decir que deben ser consideradas como gestos de valentía —una virtud que no necesariamente acompaña al discurrir de muchos filósofos—, porque, a diferencia de tantas muestras de pensamiento timorato y de actitudes esquivas destiladas por no pocos socios de este gremio, los autores que han redactado el libro citado anuncian con sinceridad quién es Dios para ellos mismos y cómo lo entienden filosóficamente. Después de la intervención inaugural de Morris, el texto contiene sendos escritos debidos a William P. Alston, Peter van Inwagen, Michael J. Murray, William J. Wainwright, C. Stephen Layman, Jerry L. Walls, Robert C. Roberts, Jeff Jordan, Marilyn McCord Adams, William J. Abraham, Laura L. García, Arthur F. Holmes, Brian Leftow, George I. Mavrodes, Merol Westphal, Spencer Carr, Eleonore Stump, George N. Schlesinger y David Shatz.

Mario Enrique Sacchi

CAMILO TALE, *Lecciones de filosofía del derecho*. Alveroni Ediciones. Córdoba, Argentina, 1995. 291 páginas.

A mediados de 1995 apareció esta obra del iusfilósofo cordobés Camilo Tale. La misma gira en torno de cuatro núcleos centrales: 1) la norma jurídica estatal, su índole, fines,